

# Homenaje a David “Coco” Blaustein

## Un imprescindible en la trinchera del bien colectivo



Graciela Mazza\*

Esta edición de *Contornos del NO* se enmarca en el 40° aniversario de la recuperación del sistema democrático en nuestro país. Ese hecho atraviesa, explícita e implícitamente, los artículos que la integran con abordajes desde el acceso a la educación superior, las políticas públicas de comunicación, desde acá (¿el territorio? ¿el conurbano?, ¿el Conurbano?, ¿José C. Paz?) y desde los 40 años, también, de producción audiovisual en democracia.

Y empieza así: con un homenaje a David “Coco” Blaustein (1953 -2021), que rigió su actividad como director, guionista y productor por la necesidad de hacer, traer y refundar la memoria colectiva.

\*\*\*\*\*

Conocí a David hace 31 años a expensas de Silvina Segundo, a quien conocí haciendo teatro. Coco abrió su productora en la calle Corrientes y necesitaba una secretaria. En mi caso, no sabía manejar una compu (hacía poco que empezaban a usarse) y nunca había trabajado para el cine.

\* Productora audiovisual. Acompañó a Blaustein en muchas de sus aventuras.

Su idea era que David Blaustein. Producciones Audiovisuales y Gráficas fuera una productora que pudiera abarcar varias áreas (David nunca pensaba las cosas en pequeño).

Nos reunimos y me pidió tres cosas: que lo llamara David porque su madre le había puesto un hermoso nombre, que lo que escuchara allí no podía salir de esas oficinas y que no le pidiera aumento de sueldo (un Coco auténtico). Y empecé a trabajar. En ese momento estaba diseñando la campaña de Chacho Álvarez y planeaba dos ficciones.

También quería realizar (y lo hicimos) el Primer Festival de Video y TV de las provincias. Una locura de trabajo, con invitados internacionales y más de 300 programas enviados en VHS por correo. No nos manejábamos por mail, no había. Nos llamábamos por teléfono. Tampoco había planilla de Excel. Recuerdo haberme comprado un block cuadriculado en donde a mano completé cada una de las pelis que iba incorporando. Finalmente logré aprender a usar una planilla que apareció en aquella época (no recuerdo el nombre). Ahora me pregunto: ¿¿¿cómo hacíamos para producir sin celular??!

El Festival fue un éxito. Con mucha prensa, muchos eventos, jurados internacionales y dos ataques de asma: uno mío y otro de David (compartíamos nuestros ahogos en esa época).

Luego empezamos a producir *Cazadores de utopías*. No sabía de cine, fui aprendiendo de cerca con la mirada de David. Yo venía de la actuación y nada sabía de la industria audiovisual independiente.

Tuve la suerte de trabajar en mi primera peli con gente como Rodolfo Hermida, Ernesto Jauretche, Juan Carlos Macías, Dolores Miconi, Marcelo Schapces, Alejandro Clancy, Alejandro Fernández Moujan, Mercedes Depino... ¡Un lujo!

Cuando ganamos el premio del INCAA y empezamos a producirla, la productora hervía. Estábamos en una casa hermosa en Lafinur y Gutiérrez y habíamos armado una isla de edición de Super VHS donde veíamos lo filmado y los increíbles archivos que venían de Cuba y México.

Todo fue muy duro y David no paró hasta que la terminó (invirtió todo el dinero que tenía porque con el premio del INCAA no alcanzaba). Fue la primera película argentina que hizo transfer de video a filmico en Inglaterra.

Recuerdo mi insomnio después de ver todas y cada una de las entrevistas. El horror y el valor contados en primera persona.

David me asignó la responsabilidad de leer los testimonios. Hago un paréntesis: eran entre seis y ocho horas por entrevistado. Páginas y páginas de entrevistas a fondo con los protagonistas de aquella lucha. No me lo banqué. Subrayé dos entrevistas y ya no pude dormir...

*Cazadores* fue un antes y un después en la historia de los documentales argentinos. Es un orgullo haber sido parte.



Esta foto le gustaba mucho. Gentileza: Graciela Mazza.

Luego *Botín de guerra*, (H) *Historias cotidianas*, *Papá Iván*. David tenía tanto por decir... Hicimos la primera película sobre la lucha armada contada por sus protagonistas. La primera sobre HIJOS y la primera sobre Abuelas.

La productora se transformó en una usina de jóvenes cineastas que traían sus proyectos para ser realizados: Andrés Habegger, Gustavo Alonso, Virginia Croatto.

David era un hombre muy complejo en sus relaciones más personales, pero imposible no seguirlo, no admirarlo, no quererlo. Trabajamos juntos desde que nos conocimos, pero luego del estreno de *Botín de guerra* (1999) renuncié. Nos habíamos peleado (una de tantas...). Renuncié a *Zafra Difusión S.A.* (luego fue *Zafra Producciones*).

No había ido nunca a España y había guardado algunos escasos dólares para poder viajar a conocer el país donde mi hermano vivía hacía diez años. Elena, a cargo de *Ibermedia* (Cine) me había propuesto que fuera a trabajar con ella. Viajé con la firme convicción de instalarme. Tuve varias reuniones. Tenía que firmar contrato ese año para irme a trabajar en 2001. Unos días antes de firmar, el 6 de octubre, David me llama a Madrid por teléfono. Se escuchaba mucho ruido. “Feliz cumple” (jamás se acordó de mi cumpleaños. Alguien le había avisado, pongo plata), “acabo de asumir como director del Museo del Cine justo el día

en que está renunciando Chacho Álvarez, ¿¡podés creer?!”. “Felicitaciones”, le digo. “¿Te venís conmigo?”. “Claro”, le contesté olvidándome instantáneamente de nuestra pelea y del sueldo en euros que iba a ganar.

Él era así, todo el tiempo generaba y generaba... y me incluía.

El día que fui por primera vez al Museo me dijo: “Andá a conocer a la gente y contame qué pensás. Otra cosa, no vayas a ver las pelis, te va a hacer mal”.

No pude conocer a nadie ese día porque no le hice caso y fui al sótano. Había llovido y caían unas gotas sobre las latas del Archivo General de la Nación. Me senté en las escaleras y me puse a llorar. (Un tiempo después logramos pararlas en unas estanterías de madera, pero estanterías al fin. Cuando todos ya se habían ido bajamos a verlas. Ya había algunas cargadas. Nos pusimos a reír de alegría como dos chicos).

Me presentó al día siguiente. Estaba muy asustada. Sus palabras antes de la presentación fueron: “nunca aceptes un no. El peor trámite es el que no se hace” (una de sus frases preferidas).

Hicimos un círculo delante de la que, más adelante, sería su oficina. Cada uno se presentó. Intercambiamos un poco y propuse algo que veníamos pensando con él. Queríamos proyectar en las plazas. (David estaba obsesionado por que la gente viera cine gratis donde fuera. En las plazas, en los paredones de los barrios, en las bibliotecas, en la unidad básica, en los clubes, en los centros culturales, donde fuera).

“No se puede”, dice un integrante del museo. “¿Por qué?”, pregunto. “Porque hay que proyectar de back y no tenemos un proyector para eso y al aire libre la luz...”. (No aceptes un no como respuesta). Unos meses después, proyectábamos en Parque Lezama.

David delegaba una misma tarea en varios. Nos enojábamos con él y entre nosotros por eso. Teníamos muchas muestras por año y participábamos de todos los festivales posibles. Hacíamos la revista y el calendario y editábamos un libro o dos (Fernando Birri, *La primavera del Patriarca*; Hugo del Carril, *El compromiso y la acción*; Leopoldo Torre Nilsson, *Una estética de la decadencia*).

Amaba ir al Festival de Mardel y que el museo se luciera. Siempre imaginaba proyectos faraónicos. Quería una nota por mes en la *Haciendo Cine* y una por semana en cada diario de espectáculos.

Éramos muy pocos para tanta tarea, a veces parecía que nos chocábamos en los pasillos. Y, por sobre todas las cosas, no teníamos plata. Eso estresaba un montón.

Era arbitrario con algunos y tierno con otros, pero siempre apoyó los proyectos personales y nos instaba a luchar políticamente cuando sentía que alguna nueva reglamentación era injusta. “Hagan huelga. Peleen”.

Teníamos una vez cada 15 días reuniones de “descoordinación”, como las dio en llamar una querida compañera. Empezaba haciendo un resumen político de lo que estábamos viviendo y luego nos daba más y más tareas.

Quería con locura el proyecto de la construcción de una sede digna en Defensa y San Juan. Tenía la convicción de que lo haríamos. Se enojaba con mi pesimismo. Es que, de a poco, fui entendiendo la dinámica de ese monstruo que es el Estado, la burocracia, la desidia... Él era un rebelde. Le decía que sí a todo lo que sus “superiores le ordenaban” y hacía lo que pensaba y lo que le daba la gana.

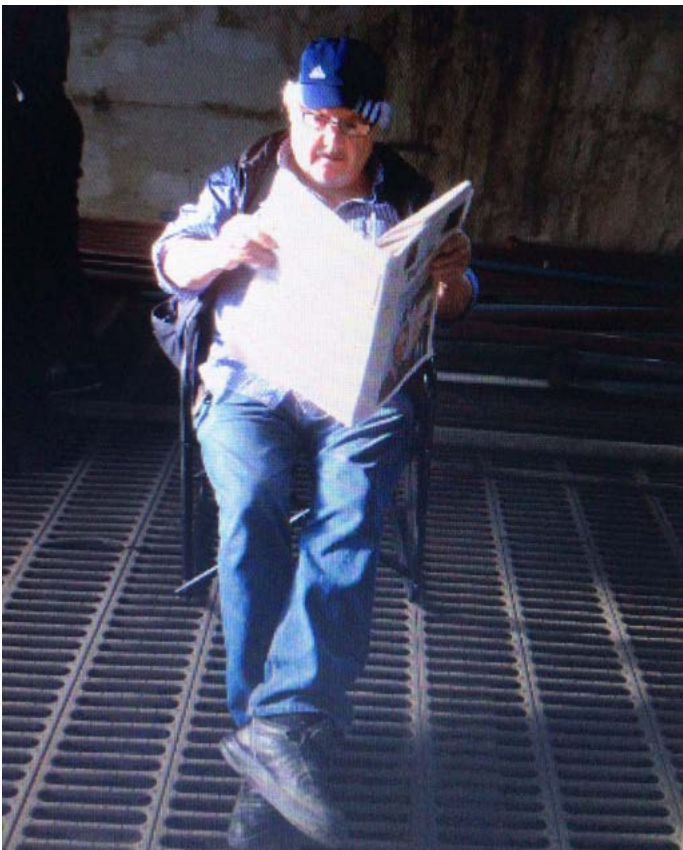
Cuando nos mudaron a Barracas creyó en lo que nos dijeron. Pero... pasaron cosas...

Sufrió mucho esa derrota, mucho. Pero no lo dijo. La peleó con un cuchillo en la boca, pero perdió. Y ganaron “los otros”.

Un día llegué al Museo y todos me preguntaban: “¿Es verdad que Blaustein renunció?”. Lo llamé. “¿Renunciaste?”. “¡¡Ni ahí!!”, me contestó. Dos días después me enteré que había renunciado bastante antes de mi pregunta.

Después intentó alejarse, pero no podía. Me llamaba para proponerme que hablara con tal o cual que quería donar sus cosas. Se interesaba por lo que hacíamos. Hablaba con todos y todas para colaborar, pero no aguantaba hablar mucho del Museo. Le dolía.

Lo acompañé en todos sus proyectos. Y entonces apareció la posibilidad de hacer *Se va a acabar*, la última película que dirigió junto a Andrés Cedrón. Después de hacerla y estrenarla me dijo que ya no iba a volver a dirigir. Estaba cansado.



En una pausa de *Se va a acabar*. Gentileza: Graciela Mazza.

Su última producción fue la serie *La casa de los Fernández*, en donde actúa un poquito y al final de cada capítulo pusimos una foto con él.

No era un santo. Todas y todos lo padecimos. Era caprichoso, escondedor (“Tu error es que jugás con todas las cartas sobre la mesa”, solía decirme), complicado, generoso por demás. Rodeado de jóvenes. “Cineasta y peronista” como le gustaba gritar al unísono con una entrañable amiga. Tenía un humor ácido y una de las memorias más prodigiosas que conocí. Cuanto más te quería, más te toreaba.

En la ambulancia lo acompañó Mika, su última secretaria. No fue un ACV. Se cayó. No sabemos si el derrame fue antes o después. Ya no importa.

Tuve la suerte de estar con él cuando lo internaban. Cambié lugar con Mika en el hospital. Creo que conoció mi voz, le hablé cerquita y me trataba de decir... vaya una a saber qué. Le pedí que se calmara y lo hizo, ¿o me lo imaginé? Le dije que aguantara y le sostuve la cabeza.

No pensé que se iba a morir. No lo pensé...



Coco y Graciela, en pandemia, la última foto juntos. Gentileza: Graciela Mazza.